

## Capítulo 2

### PROTOETNOGRAFÍA Y RACISMO: SIGLO XIX

**E**n el siglo XIX, con la sociedad plantacional en pleno florecimiento, la economía esclavista en sensacional ascenso y la alta cultura en amplio desarrollo, la imagen del negro cubano aparece con más frecuencia que antes en la letra impresa. Pero todavía algunas de las antiguas fuentes continúan ofreciendo tentadoramente sus datos, aunque éstos muchas veces sigan hoy durmiendo en los archivos polvorientos, sin ser sacados a la luz por los investigadores.

Después de la obra de María Teresa de Rojas, a que aludimos en el capítulo anterior, muy poco se ha hecho para aprovechar las actas notariales que en gran número se conservan y, con su ayuda, reconstruir la existencia cotidiana del pueblo cubano a lo largo de las décadas y los siglos. Estamos seguros de que en esos documentos abundan los datos sobre los esclavos y los negros libres de Cuba. Por ellos podríamos enterarnos de las etnias africanas predominantes en cada período de nuestra evolución azucarera, tabacalera y cafetalera. Y de los vaivenes de la manumisión y la coartación, así como de los trabajos, oficios y profesiones desempeñados por la gente cubana *de color* en las ciudades y los campos, a más de otros importantes

aspectos del diario vivir de ese estrato social, que por muchas décadas durante el siglo XIX constituía la mayoría de la población del país.

Lo mismo puede decirse con respecto a la documentación contenida en los archivos municipales. Es verdad que los cabildos cubanos fueron perdiendo progresivamente muchos de sus poderes, sobre todo a partir del acceso al trono español del Borbón Felipe V. La tendencia autoritaria y centralizadora de la nueva dinastía se manifestó en la coartación sistemática del poder de las oligarquías municipales. En 1729 se privó a los cabildos de la facultad, que desde el siglo XVI venían ejerciendo, de repartir tierras a los vecinos. A partir de 1735 los gobernadores controlaron la elección de los alcaldes y regidores de La Habana y, poco a poco, en el interior. Los poderes municipales cayeron en las manos de los tenientes de gobierno, casi siempre militares peninsulares. En 1859 se otorgó a los Capitanes Generales la decisión final sobre la designación de regidores. Pese a estas y otras limitaciones estos órganos del gobierno municipal continuaron desempeñando un importante papel en la vida de las comunidades locales del país.

Los archivos de los antiguos cabildos, primero, y de los ayuntamientos y juntas municipales después contienen mucha información utilizable que lamentablemente no ha sido aprovechada como bien merece para una documentación detallada de la vida urbana y rural cubana. Después de la publicación de las *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana*, a que nos referimos antes, poco se ha hecho al respecto. Pero algunos historiadores locales han utilizado esa fuente en sus obras. El mejor ejemplo está representado por las *Crónicas de Santiago de Cuba* de Emilio Bacardí, donde esta información se completa con otras de variada procedencia para ofrecernos infinidad de valiosos datos sobre el quehacer cotidiano de los negros y mulatos libres y esclavos en la segunda ciudad del país y sus territorios circundantes. Esta obra recoge, por ejemplo, muy

rica documentación sobre la evidente influencia que la música sacra y secular afrocubana ejerce desde el principio sobre el desarrollo de la música popular criolla a todo lo largo del período colonial.

Son muchos los documentos, además de aquellos que proceden de los archivos de los cabildos, que pueden servirnos para trazar un esbozo de la vida de los negros y mulatos de Cuba, y de la imagen que de ellos tenía la sociedad dominante de la época. A continuación pasaremos la vista por aquellos que mejor pueden servir a tales empeños. Son de muy variado tipo. Van desde los censos de población hasta los primeros ensayos de una ciencias sociales en cíernes, pasando por los archivos eclesiásticos y judiciales, la literatura y los libros de viajes, entre otros. Son, además, documentos que podemos considerar como una especie de protoetnografía cubana que desafortunadamente, a medida que se afianza el aberrante esclavismo plantacional, va dando muestras de un racismo cada vez más intenso.

## Los censos de población

Los *censos de población* efectuados en el siglo XIX suministran valiosos datos sobre el crecimiento en número e importancia de la «gente de color» y sobre sus relaciones con los demás sectores demográficos del país. En este siglo se hacen ocho censos: los de 1817, 1827–28, 1841, 1846, 1861, 1877, 1887 y 1899.<sup>45</sup> Por ellos podemos advertir que la población

<sup>45</sup> Pueden encontrarse sus resultados en las publicaciones que citamos a continuación. El de 1817: *Estado general de la población de la isla de Cuba, dispuesto por el excmo. Sr. D. José Cienfuegos*, La Habana, 1821. El de 1827–28: *Cuba, año de 1828*, La Habana, 1828. El de 1841: *Cuba, resumen del censo de población de Cuba a fin del año de 1841*, La Habana, 1842. El de 1847: Comisión de Estadística, *Cuadro estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba, correspondiente al año de 1846*,

absoluta creció de 631.080 habitantes en 1817 a 1.572.797 en 1899. En la primera mitad de la centuria el crecimiento es muy acelerado, pero entre 1860 y 1887 ese ritmo decrece, debido a la supresión de la trata de esclavos. Y de 1887 a 1899 hay una disminución de cerca de 60.000 habitantes, como consecuencia de las luchas independentistas.

Por su parte, la población «de color» crece entre 1817 y 1861, yendo de 339.179 personas en 1817 a 603.046 en 1861. Pero entre esta última fecha y 1899 disminuye a 502.915, debido sobre todo a la contribución de sangre de los negros cubanos a la causa de la independencia nacional. Durante la primera mitad del siglo, la población de color superaba en número a la blanca, mas ya en el censo de 1861 esta última alcanzaba el 56.81% de la población y de ahí en adelante la población «de color» habrá de constituir alrededor de un tercio a un cuarto de la población absoluta de la nación hasta bien entrada la época republicana. Estas fluctuaciones demográficas influyeron sobre muchas de las realidades históricas de Cuba en el siglo XIX, entre ellas la debilidad del independentismo en ciertas clases sociales, la fuerza del reformismo y el surgimiento del anexionismo en la primera mitad del siglo así como el auge del separatismo en la última mitad de la centuria.

Reflejan estos censos, para citar un último ejemplo de su importancia informativa, el surgimiento de lo que pudiera llamarse una *burguesía «de color»* en la primera etapa de la era plantacional. En el seno de la sociedad pre-plantacional se

---

La Habana, 1847. El de 1861: Centro de Estadística, *Noticias estadísticas de la Isla de Cuba en 1861*, La Habana, 1864. El de 1877: Instituto Geográfico y Estadístico (de España), *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en 31 de diciembre de 1877*, 2 vols., Madrid, 1883–1884. El de 1887: Instituto Geográfico y Estadístico (de España): *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho el 31 de diciembre de 1887*, 2 vols., Madrid, 1891–1892. El de 1899: United States War Department, *Informe sobre el censo de Cuba, 1899*, Washington D. C., 1900.

había desarrollado una nutrida sub-clase artesanal formada por negros y mulatos libres, que ejercía prácticamente un monopolio de los principales oficios en la Isla, a la que se unía un número cada vez mayor de pequeños campesinos «de color». De esa semilla brota la *burguesía «de color»*, algunos de cuyos miembros lograron acumular sustanciales fortunas, incluyendo la posesión de esclavos.

Como contrapeso al brutal tratamiento de los siervos en los ingenios azucareros y a las medidas de represión contra las rebeliones constantes de los mismos, el gobierno español trató por varias décadas de neutralizar políticamente a esa casta creciente de negros y mulatos libres acomodados. No sólo se les protegieron sus negocios, sino que se les permitió participar en las milicias «de color», como ya señalamos, dándoles así un puesto ciertamente marginal pero también prometedor en el grupo dominante de la sociedad. Pero al producirse la llamada Conspiración de La Escalera, la actitud oficial cambia totalmente de rumbo. Dejándose arrastrar por la histeria represiva, el gobierno español desata en 1844 una campaña de persecución sin frenos que incluyó fusilamientos, expropiaciones, prisiones y exilios forzados en números considerables, incluyendo personas que nada tenían que ver con los supuestos «crímenes» que se castigaban. Aherrojado por el terror, este sector social perseguido se recoge sobre sí mismo, en espera de nuevas oportunidades que no llegaron sino dos décadas después, con el comienzo de la Guerra de los Diez Años. Muy distinta hubiera sido la historia de Cuba si la *burguesía «de color»* no hubiera sido empujada al campo mambí por la ciega política de los Capitanes Generales.

## Los archivos eclesiásticos y judiciales

Los *archivos eclesiásticos* constituyen una fuente inapreciable de información sobre la vida religiosa de nuestra gente «de color». Bastaría un examen somero de los mismos para probar que aun en los peores momentos de la era plantacional la Iglesia acogió en su seno a todos los cubanos, blancos, negros y mulatos; libres, esclavos y «coartados». Aun aquellos que practicaban los ritos sincréticos se consideraban parte de esa comunidad religiosa. Como en los siglos anteriores, los afrocubanos tenían derecho al bautismo, a la confirmación, al perdón de los pecados, a la comunión y al matrimonio. Y de hecho los recibían. Es cierto que el clero católico falló muy a menudo en el cumplimiento de sus deberes pastorales respecto a los esclavos y a la población libre «de color». Pero ésta, en el siglo XIX tanto como en las centurias precedentes, veía en la Iglesia y sus doctrinas cristianas una fuerza humanizadora y niveladora que podía ayudarla a mejorar su precaria condición social.

Todos los investigadores que se han acercado a esos archivos han podido comprobar esta aseveración. Para no citar sino un caso, Pablo Hernández Balaguer encontró entre los papeles de la Catedral de Santiago de Cuba el auto de fundación de su Capilla de Música, fechado el 10 de febrero de 1682. Allí se puede leer que en el siglo XVII, en la segunda ciudad de la Isla, los instrumentistas del coro de la catedral eran negros esclavos que pertenecían al prebendado de la misma, don Juan Cisneros Estrada y Luyandos. Y que estos músicos acostumbraban a tocar también en las fiestas y los entierros de la localidad el pífano, la bandola, el violón, el arpa y la corneta. O sea, que desde nuestros tiempos aurorales el negro demostraba su

capacidad para asimilar la cultura de sus amos, particularmente la musical.<sup>46</sup>

Otros tipos de documentos oficiales sirven también para el propósito tantas veces indicado en estas páginas: reales cédulas, decretos, ordenanzas, reglamentos etc. Por ejemplo, en 1842 el capitán general Don Gerónimo Valdés dictó un *Bando de Gobernación y Policía de la Isla de Cuba*, con dos anexos, uno de ellos el *Reglamento de Esclavos*, que se mantuvo en vigor hasta el momento de la abolición de la esclavitud.<sup>47</sup> Desde luego aquí resulta particularmente indispensable la lectura crítica y alerta, pues hay una gran distancia entre lo que en Cuba se legislaba y en la práctica se cumplía. Prestando atención a lo que se trata de corregir podemos obtener una imagen de la vida de los esclavos cubanos de la época. En ese documento se regulan sus prácticas religiosas, sus comidas, su vestuario, sus horas de trabajo, de descanso y de recreo, sus instrumentos de trabajo y el modo de obtenerlos y de usarlos, su acceso al cuidado médico y hospitalario, su vida matrimonial, su derecho a la coartación y a la manumisión y, por fin, sus obligaciones sin cuenta, que tal vez queden resumidas en el famoso artículo 41 del Reglamento: «Los esclavos están obligados á obedecer y respetar como á padres de familia, á sus dueños, mayordomos, mayorales y demás superiores y á desempeñar las tareas y trabajos que se les señalan, y el que faltare á alguna de estas obligaciones podrá y deberá ser castigado correccionalmente por el que haga de jefe en la finca según la calidad del defecto, ó exceso, con prisión, grillete,

---

<sup>46</sup> Pablo Hernández Balaguer, *El más antiguo documento de la música cubana y otros ensayos*, La Habana, 1986, pp. 27-31.

<sup>47</sup> Véase: *Bando de Gobernación y Policía de la Isla de Cuba, expedido por el Escmo. Sr. Don Gerónimo Valdés, Presidente, Gobernador y Capitán General*, La Habana, 1842. El *Reglamento de Esclavos* puede consultarse en la obra de Hortensia Pichardo *Documentos para la Historia de Cuba*, vol. 1, pp. 310-326.

cadena, maza ó cepo donde se le pondrá por los pies y nunca de cabeza, ó con azotes, que no podrán pasar del número de veinte y cinco.<sup>48»</sup>

Otra muestra, entre varias, de este tipo de reglamentos es el de las *sindicaturas*, dictado por el capitán general Domingo Dulce en 1863, que pretendía liberalizar la institución del *síndico* o defensor oficial de los esclavos. El propósito era evidentemente mitigante, pues facilitaba las quejas de los siervos contra los dueños que los maltratasen, aunque no debe olvidarse que mantenía incólumes las relaciones de propiedad y dominio existentes entre las dos clases en conflicto y aun recomendaba en su artículo 19 que los síndicos inculcasen «a los esclavos obediencia y fidelidad para sus amos...<sup>49»</sup>

Los *archivos judiciales* permiten reconstruir la historia de la perpetua rebelión del esclavo cubano contra el régimen que lo reducía a la condición de cosa y de bestia. Quizás el más rico de todos sea el de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba, tribunal de excepción creado el 4 de marzo de 1825. Estos papeles actualmente se encuentran en el Archivo Nacional de Cuba en La Habana. Durante el cuarto de siglo que corre de 1825 a 1850 el número de expedientes judiciales sobre insurrecciones de esclavos se eleva a 89, un promedio de 3.54 alzamientos por año. Y en esa cifra no se incluyen las numerosas revueltas a que no alcanzó el brazo de la Comisión, sobre todo en las provincias orientales.<sup>50</sup> En lo que se refiere a las simples fugas de esclavos, sobre ellas, en el

---

<sup>48</sup> Hemos conservado la ortografía del documento original.

<sup>49</sup> José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones, tales como son, como se suponen que son y como deben ser*, Nueva York, 1864, p. 100.

<sup>50</sup> La obra de Joaquín Llaverías *La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba*, La Habana, 1945, contiene un detallado índice de estas causas judiciales.

medio siglo que va de 1800 a 1850, se acumuló una masa imponente de materiales en los archivos del Real Consulado y Junta de Fomento en La Habana. Esperando un estudio detallado y minucioso se encuentran allí 389 legajos sobre este asunto. Es interesante notar que al intensificarse el fenómeno, crece el número de expedientes. Hay 39 legajos correspondientes al período de 1801 a 1810. Pero del que va de 1841 a 1850, momento de intensísima agitación antiesclavista en Cuba, hay 201 legajos.<sup>51</sup>

## Literatura pro- y anti-esclavista

La polémica abolicionista en libros y folletos constituye otro rico hontanar de materiales pre-etnográficos. De los documentos proesclavistas, que fueron muchos, mencionemos aquí sólo dos, situados cronológicamente en los extremos del período: *Observaciones sobre la suerte de los negros del Africa considerados en su propia patria, y trasplantados a las Antillas españolas* (1821) de Juan Bernardo O'Gaban y *Los negros en sus diversos estados y condiciones; tales como son, como se suponen que son, y como deben ser* (1864) de José Ferrer de Couto. Es interesante observar la penuria ideológica de los partidarios de la esclavitud. En 1864 Ferrer de Couto utiliza casi con las mismas palabras los mismos argumentos que O'Gaban usaba cuarenta años antes.

La tesis central, en ambos casos, es que el negro africano, una criatura salvaje, un bárbaro estúpido, perezoso y abyecto, fue salvado de su atraso por la trata y la esclavitud. Ambas instituciones tienen, pues, según ellos, un alto carácter civilizador y cristianizador. Trasladados a las Antillas, los negros

---

<sup>51</sup> Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Buenos Aires, 1963, p. 492.

—mediante el trabajo en las plantaciones— avanzaban en sus costumbres y aptitudes. Y sus hijos *criollos* terminaban por diferenciarse claramente de ellos tanto física como moralmente. Para probar la tesis ambos autores aportan datos sobre el modo de vida de los esclavos en Cuba, que por supuesto deben ser aceptados con mucho cuidado, dado su evidente predisposición propagandística. No hay que decirlo: los aspectos negativos de la esclavitud se pasan totalmente por alto.

El trato del siervo en la Isla es tan benigno, según O'Gaban que «estos hombres que en el África serían fieras indomables, conocen entre nosotros y practican las máximas de la religión de paz, amor, dulzura, y se hacen miembros de la gran sociedad evangélica.<sup>52</sup>» Ferrer de Couto, por su parte, afirma que sólo bajo estricta disciplina los negros se comportan civilizadamente. Cuando se les entrega «a su propia voluntad sin trabas ni cortapisas, vuelven fácilmente al estado de su primitiva rusticidad...<sup>53</sup>» De todos modos, aunque envueltos en una atmósfera de intencionada agitación social que hay que descontar, muchos datos útiles pueden extraerse del libro de Ferrer de Couto sobre los negros esclavos y sobre la población libre «de color» en el siglo pasado.

La *literatura antiesclavista* es mucho más rica aun que la *proesclavista* a este respecto. Los cuentos, las novelas, la poesía y el teatro abolicionistas no sólo alzan su voz en favor de su justa causa sino que, para justificar su postura, compilan una gigantesca mole de valiosos datos, que también —como los de sus adversarios— deben tomarse *cum grano salis* pues en este otro costado de la polémica tampoco faltan los apasionamientos y las exageraciones. Un estudio siquiera esquemático

<sup>52</sup> Véase el folleto de O'Gaban en el libro de Eduardo Torres Cuevas y Eusebio Reyes *Esclavitud y Sociedad*, La Habana, 1986, pp. 138-146. La cita del texto: pp. 143-144.

<sup>53</sup> José Ferrer de Couto, op. cit. en el texto, La Habana, 1864, p. 87.

del tema extendería excesivamente este capítulo.<sup>54</sup> Vamos a limitarnos aquí tan sólo –y muy brevemente– a algunas referencias indispensables.

Entre 1836 y 1840 las tres primeras novelas que condenan el sistema esclavista cubano se encuentran en proceso de redacción: *Francisco*, de Anselmo Suárez y Romero; *El Niño Fernando*, de Félix Tanco; y *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Las dos primeras van a circular manuscritas clandestinamente en el círculo de los amigos de Domingo Delmonte en La Habana y en Matanzas. La Avellaneda logró dar *Sab* a la estampa en España en 1841, convirtiéndose así en la pionera del género. Evidentemente, la censura oficial era mucho más severa en la colonia americana que en la metrópoli europea.<sup>55</sup> El segundo momento de la narrativa abolicionista se extiende de 1863 a 1887 en el que escriben y publican sus novelas Francisco Calcagno, Antonio Zambrana y Cirilo Villaverde.<sup>56</sup>

<sup>54</sup> Podrá obtenerse una imagen de su magnitud en los capítulos correspondientes de *Cultura Afrocubana* de Jorge e Isabel Castellanos, vols. 1 y 2.

<sup>55</sup> Suárez compuso su obra entre 1838 y 1839, pero ésta no se publicó hasta 1880 en Nueva York con el irónico título de *Francisco: el Ingenio o las Delicias del Campo*. Tanco tituló su narración originalmente *Petronia y Rosalía*. La había escrito en 1838 pero quedó inédita hasta 1925 cuando salió a la luz bajo el título de *El Niño Fernando* en la revista *Cuba Contemporánea*, vol. XXXIX, pp. 255-288. La cronología de la redacción de *Sab* es algo complicada. Es posible que la Avellaneda comenzara a escribirla en su viaje de Cuba a España en 1836, la continuara durante su estancia en La Coruña en ese mismo año y le pusiera fin en Sevilla en 1839 o 1840. Se publicó como *Sab. Novela original (sic) por la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, 1841.

<sup>56</sup> Francisco Calcagno, *Los Crímenes de Concha*, La Habana, 1887. (La obra se escribió en 1863 y permaneció inédita por las razones consabidas durante casi un cuarto de siglo.) En 1881 Calcagno publicó *Uno de Tantos*, cuyo título cambió en la segunda edición por el *Romualdo: Uno de Tantos*, La Habana, 1891. La primera versión de *Cecilia Valdés* se editó en La Habana en 1839. Constituye más o menos la quinta parte de la obra definitiva y en ese fragmento no se halla condenación alguna de la «institución doméstica». Villaverde reescribió su clásico entre 1858 y 1879. Ver: *Cecilia Valdés o la Loma del Angel*, Nueva York, 1882. Antonio Zam-

## Representaciones culturales sobre los negros

Todas esas obras de ficción informan con mayor o menor amplitud y objetividad sobre la existencia cotidiana de los esclavos en los ingenios de la Cuba plantacional: su explotación inmisericorde, sus castigos feroces, la negación sistemática de sus más elementales derechos humanos. Y también su rebeldía constante, su resistencia activa o pasiva, que iba desde el descuido deliberado de las tareas a las fugas, las rebeliones y los suicidios. La documentación que, a este respecto, esas obras ofrecen en conjunto constituye uno de los más ricos capítulos de la protoetnografía criolla. Muchas de ellas van aún más allá. Prestan además atención a la vida del negro liberado, ya en las regiones rurales, ya en las ciudades, con lo que la visión se amplía y se completa.

### *Contribuciones literarias: la narrativa y el teatro*

Tres botones de muestra. Dos cubanos. Uno, extranjero. La labor novelística de Francisco Calcagno, desde el punto de vista estético, es una de las más débiles del grupo. Sin embargo, este autor que conocía a fondo la vida del negro cubano, nos ofrece en *Los Crímenes de Concha* y en *Romualdo: Uno de Tantos* varias estampas inolvidables de algunos de los tipos característicos de la sociedad esclavista tales como el *síndico*, el *corredor de esclavos* y el *recipiente forzado*<sup>57</sup>. Y, a la vez, nos entrega los primeros estudios sobre la vida religiosa del

---

brana escribió y publicó su libro en Chile, donde se encontraba en misión diplomática de la República de Cuba en Armas. Ver: *El Negro Francisco*, Santiago de Chile, 1873.

<sup>57</sup> El «corredor de esclavos» se dedicaba a la trata o comercio interno de carne humana. «Recipiente forzado» se llamaba al esclavo usado engañosamente para sufrir condena por el delito cometido por un blanco y que, en su lugar, cumplía la pena impuesta por el tribunal.

negro libre urbano, (cuando se refiere a los ritos de iniciación en el *ñañiguismo*), y sobre los procesos aculturativos que tenían lugar en las comunidades rurales de los ex-esclavos autolibertos, (al referirse a los cultos sincréticos en los *palenques*.)

La mejor obra del conjunto, la *Cecilia Valdés* de Villaverde, es probablemente la más rica en el retrato de todos los aspectos del esclavismo plantacional del XIX. Penetra en los ingenios, los cafetales, las ciudades. Entra en los barracones y los bohíos, en las viviendas de los amos en las ciudades y los campos atendidas por siervos «de color», en la valla de gallos del Capitán General en el Castillo de la Fuerza, en las casas y los talleres de los negros libres de los barrios habaneros. Y todo lo que allí observa lo reproduce con fidelidad implacable. Allí, por supuesto, el sufrimiento de los esclavos y su perenne rebeldía. Las relaciones, tan repletas de variantes, entre los amos y los siervos. Y, además, el estudio más rico y detallado ofrecido hasta el momento sobre los negros libres de la capital y, particularmente, de la embrionaria burguesía «de color», decapitada por la represión de La Escalera. A lo que puede agregarse que, como expresa Salvador Bueno, en esta obra Villaverde forja el único mito literario creado por un novelista cubano.<sup>58</sup> Porque Cecilia era Cuba, la Cuba tiranizada, vejada, maltratada y corrompida por la indeseable presencia metropolitana. Como Cecilia, Cuba era una mezcla racial de blancos y de negros. Imitando a Cecilia Cuba era una sociedad liminal, en tránsito violento y perpetuo, una tierra de nadie existencial, un mundo entre dos extremos en lucha feroz: una colonia que guerreaba por su independencia y en la que se juntaban «las bellezas del físico mundo» con «los horrores del mundo moral» de que nos habló José María Heredia. Buena, en el fondo,

<sup>58</sup> Salvador Bueno, «A los 165 años del natalicio de Cirilo Villaverde», en Imeldo Alvarez (ed.), *Acerca de Cirilo Villaverde*, La Habana, 1982, p. 287.

era conducida —como Cecilia— al error, al pecado, al crimen. Vivía, como la jóvenzuela andariega de la Loma del Angel, de la ceca a la meca, del reformismo al anexionismo, del anexionismo al independentismo, sin llegar a parte alguna. Sí, Cecilia era Cuba: la Cuba adolorida del siglo XIX en que Villaverde escribía, pero también, en sorprendente profecía, también la Cuba atormentada del siglo XX, que estaba por venir. Por eso la novela —y su mito— han influido en tantos sectores de la cultura cubana, en especial del teatro y la música. Y ha recibido tan sostenida atención de críticos, historiadores y sociólogos. Todo lo que, en cierto modo, nos absuelve de la necesidad de extendernos aquí sobre obra tan conocida.

Precisamente por contrarias razones vamos a dedicarle algo más de atención a una novela abolicionista, en nuestro país casi desconocida: *Juanita: A Romance of Real Life in Cuba Fifty Years Ago*, escrita en inglés por Mary Peabody, quien vivió en la Isla de 1833 a 1835 en un cafetal cercano a La Habana, donde pudo observar de primera mano el funcionamiento de la esclavitud criolla. La obra —que no salió a la luz hasta 1887— se basa en las cartas enviadas por la autora a su familia en los Estados Unidos. De ella se ha hecho una nueva edición en el año 2000, editada por Patricia M. Ard y publicada por la University of Virginia Press.<sup>59</sup>

---

<sup>59</sup> El 6 de diciembre de 1833 partieron desde Boston rumbo a La Habana, a bordo del velero *Newcastle*, Sophia Peabody (quien años después iba a casarse con Nathaniel Hawthorne, autor ilustre de *La Letra Escarlata*) y su hermana Mary (quien más tarde contrajo matrimonio con el destacado pedagogo Horace Mann). En el muelle las despidieron sus padres y su hermana mayor Elizabeth, líder junto Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau del influyente movimiento intelectual denominado *Trascendentalismo* y precursora tanto del abolicionismo como del feminismo en los Estados Unidos. Las tres famosas hermanas habían nacido en Salem, Massachusetts. Las tres participaron, de un modo u otro, en ese vigoroso renacimiento artístico y filosófico que iba a culminar en la primera oleada del romanticismo norteño. Sophia viajaba para buscar en una plantación cafetalera cubana consuelo para su salud quebrantada. Mary iba como institutriz de los hijos

Resulta curioso observar cómo la misma realidad puede provocar en dos personas íntimamente relacionadas reacciones totalmente opuestas. En una carta a su amiga Mary Wilder White Foote el 30 de enero de 1834, Sophia Peabody le decía: «Los esclavos (en el cafetal *La Recompensa*) son tratados con mucha bondad y parecen muy felices...» Su hermana Mary, en cambio sostiene una opinión muy distinta. Desde la noche misma de su llegada a la finca contempla frente a sí la desnuda brutalidad del régimen de trabajo y de vida impuesto a los esclavos en Cuba: a poco pasos de la casa del amo, el mayoral le administra una brutal paliza, por un motivo baladí, al calesero que había traído a las jóvenes extranjeras de la capital. Desde el primer momento de su visita Mary Peabody se percató de que látigo, la violencia y la crueldad constituyan el fundamento de la disciplina laboral impuesta a los esclavos por el sistema plantacional cubano. Y, en su novela, uno tras otro, nos presenta los casos que lo prueban.

A más del infeliz calesero atropellado, ahí tenemos a Pedro y Dolores, novios en África, casados en Cuba, subastados luego como bestias y separados uno del otro al ser vendidos. Ahí los negros que se sublevaban y fugaban, haciendo cimarrones y eran perseguidos por los rancheadores con sus jaurías de perros feroces. Ahí los negros enfermos muriendo en el hospitalito del batey. Ahí toda esa humanidad atormentada, explotada, abusada, escarnecida. Y ahí también... Juanita...

Juanita —se asegura en la obra— no era negra sino mora procedente del norte de África, morena de pelo lacio en vez de «pasa», probablemente de origen arábigo. Su abuela fue sacada de una cáfila de esclavos por el abuelo del dueño de la plantación. Creció en las habitaciones de su ama, recibiendo la misma educación que los niños de la casa. Adquirió cultura. Deas-

---

del dueño de la finca, para sufragar los gastos del viaje y de la estancia.

rrolló sus extraordinarias facultades pictóricas. Y, como era de esperarse –tratándose de una novela romántica– se enamoró de Ludovico, el hijo de su dueña, quien le correspondía, pero con quien nunca pudo casarse, ni siquiera después de haber sido manumitida. Porque, como se explica en el texto, ambos eran «suficientemente maduros para comprender que semejante unión era imposible». Cuando Ludovico por fin se deja vencer por las coqueterías de Carolina y se desposa con ella, Juanita con perfecta y simbólica resignación cristiana le cose a su rival un precioso traje de bodas.

Este personaje femenino, realmente extraño en el medio esclavista de Cuba, le sirve a Mary Peabody para hacer resaltar la maldad del sistema social. En él nada importa que fuera ella inteligente y una artista de extraordinaria calidad. Ni que fuera buena. Y culta. Y bondadosa. Y que, en realidad de verdad, estrictamente hablando, tampoco fuera negra. Ella había sido esclava y nunca podría deshacerse de ese sello discriminador. Estaba condenada a ser vista toda su vida como un ser inferior.

Vale la pena apuntar que cuando Mary Peabody redactaba esas cartas familiares sobre lo que veía en Cuba, ya se había iniciado en la Isla la campaña literaria abolicionista en la tertulia de Domingo Delmonte. No hay dato que permita saber si la Peabody tuvo relación con Delmonte o algún miembro de su grupo. Tampoco si leyó *Sab*, la novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda que ya mencionamos, publicada en 1841. Ella tenía excelente conocimiento del idioma español y tradujo al inglés el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, con quien mantuvo relaciones de amistad. Tal vez pudiera decirse que Juanita era una *Sab* del otro sexo, pues ambos personajes se enamoraron respectivamente de su amo y de su ama. Todo parece indicar, sin embargo, que esas dos corrientes del abolicionismo decimonónico, presentes subterráneamente en Cuba en la década del Treinta del siglo XIX, siguieron curso paralelo sin tocarse ni conocerse siquiera... *Juanita* presenta todas las

virtudes y todos los defectos de la novela romántica de la época. De todos modos, está pidiendo a gritos su traducción al español, para que pueda ocupar el lugar que le corresponde en el corpus cubano de su género.

Hasta aquí la novela abolicionista. Por su parte el *teatro antiesclavista* ofrece diversos matices. A veces, como en los cuadros de costumbres de José Jacinto Milanés (1814–1863), además de sutiles alusiones a la emancipación de los siervos hay una intensa mirada a los numerosos modos y maneras en que una institución explotadora corrompe todos los sectores de una sociedad, incluyendo a las clases dominantes. Otras veces, como en *El Mulato* de Alfredo Torroella (1845–1879) se aborda abiertamente el tema de la discriminación racial contra la gente «de color» en las ciudades. El drama abiertamenteabolicionista –escrito y representado siempre, por razones obvias, fuera del país– suministra a la causa que defiende la misma apasionada agitación de la novela, pero su testimonio factual resulta mucho más reducido.

Mejor información –aunque siempre algo torcida por el carácter cómico del género– puede encontrarse en el llamado *teatro bufo*, que se inicia con *Un ajiaco o la boda de Pancha Jutía y Canuto Raspadura* de José Crespo Borbón, más conocido por el pseudónimo de *Creto Gangá* (1811–1871). En realidad esta modalidad teatral sirve sobre todo para fijar una serie de estereotipos, que van a seguir rodando por las tablas hasta nuestro tiempo: el negro bozal, el negro catedrático, la mulata de rumbo, etc. No puede, por eso, negarse el elemento de racismo y discriminación que aquí, sin duda, aparece. Pero es cierto también que en su compleja evolución el teatro bufo va a crear el personaje del *negrito* inteligente, «vivo», profundamente criollo, que sistemáticamente derrota al *gallego*, figura que simboliza las peores tradiciones colonialistas y anticubanas. Y con la introducción de la música, sobre todo en el inevitable «final de fiesta», va a tocar uno de los costados mas

significativos del alma negra. De este género se desprende otro popularísimo: la zarzuela criolla, de la cual son ilustres ejemplos, la *Maria La O* de Ernesto Lecuona y la *Cecilia Valdés* de Gonzalo Roig.

*Otras contribuciones: el costumbrismo en las letras y la pintura*

En la *literatura costumbrista* hay no sólo una masiva presencia negra, sino también algunos documentos que defienden los derechos de la población afrocubana. No podía ser de otro modo. Proponiéndose pintar un retrato conciso y satírico del estilo de vida de una época y de sus tipos representativos, ¿cómo prescindir en Cuba de uno de los estratos demográficos básicos de nuestro pueblo? Su enfoque, empero, no siempre es el mismo. En las manos maestras de un Anselmo Suárez Romero (1818–1878), el costumbrismo deviene un precioso instrumento de combate en la gran batalla abolicionista. En sus artículos, el autor del *Francisco* reprodujo con gran vigor las penosas circunstancias del trabajador esclavo de los ingenios, envolviéndolas –para burlar la censura colonial– con los ropa-jes del cuadro costumbrista de aparente corte tradicional.<sup>60</sup> Por la fidelidad de sus trazos esta obra constituye una importantísima fuente de información sobre las relaciones sociales en las plantaciones azucareras de su tiempo. Su opúsculo *El Cementerio del Ingenio* (probablemente su obra maestra en este género) es la más sentida elegía escrita en la Isla en recuerdo de los miles y miles de siervos anónimos que murieron en los bateyes y los cortes de caña y fueron enterrados en esos camposantos

---

<sup>60</sup> Anselmo Suárez Romero, *Colección de artículos*, La Habana, 1859; *Ofrenda al Bazar de la Gran Casa de Beneficencia: El Cementerio del Ingenio*, La Habana, 1864.

sin una oración de despedida ni una cruz elemental que dejara constancia de su triste existencia.

Existe otro costumbrismo criollo donde el negro, mirado a través de una luz completamente distinta, aparece en forma muy estereotipada y muy estigmatizada. Casi nunca hay saña en esas obras sino más bien cierto desdén por lo que se considera inferior. En el mejor de los casos, priva la actitud patronizadora de quien mira hacia abajo desde un plano de clemente superioridad. Los negros en estas estampas nunca son los laboriosos, honestos y bien portados que formaban la mayoría de esa población, sino sus opuestos: el negro del hampa, el pillo, el ignorante, la mulata haragana y corrompida, la mulata de rumbo, el ridículo «catedrático», cuando no un ñáñigo al que gratuitamente se le atribuyen crímenes horrendos. La influencia de esta literatura ha sido enorme: esas imágenes predominan en el teatro bufo desde mediados del siglo XIX y tiñen, ya en pleno siglo XX, a no pocas expresiones de la poesía negrista. De todos modos, siempre se aprende de los artículos de Francisco de Paula Gelabert, José Victoriano Betancourt, Carlos Noreña, Enrique Fernández Castillo, José E. Triay, Francisco Baralt y Celis, y otros. No es posible prescindir de ellos.

Paralelamente a esta escuela literaria aparece una de tema y orientación similar en la pintura. Un grabado, un dibujo, una pintura valen por cien mil palabras. Por eso merecen cuidadosa atención las obras de los grabadores extranjeros y cubanos como Hipólito Garneray, Eduardo Laplante, Federico Miahle, Ramón Barrera, Leonardo Baraíano, Juan Jorge Peoli y de los dibujantes y pintores como el inglés James Gay Sawkins,<sup>\*</sup> el cubano Esteban Chartrand y, sobre todo, el bilbaíno Víctor Patricio de Landaluze, cuyas obras están repletas de negros y mulatos del más variado tipo: de caleseros, cocheros, carretilleros, pescadores, panaderos y dulceros; de estibadores en los muelles, de cortadores de cañas en los campos, de trabajadores

industriales en las fábricas de azúcar, de bailadores en las fiestas y desfiles carnavalescos, de ñañigos, de «curros», de mulatas de rumbo... Toda una vibrante humanidad, captada ya en sus funciones sociales específicas, ya como simple transeúnte de las escenas urbanas o rurales que se reproducen.<sup>61</sup>

No podemos dejar de mencionar aquí la copiosísima producción de los grabadores en la industria del tabaco, cuyas litografías conocidas como *marquillas cigarreras*, se usaban como motivo decorativo en las envolturas de las cajas, las cajetillas y los mazos de cigarros o tabacos habanos. En La Biblioteca Nacional José Martí de La Habana se guardan casi cuatro mil de esas marquillas.<sup>62</sup> El tema negro es muy corriente en ellas. A veces la gente «de color» es presentada con cierto respeto. Pero más a menudo aparece en esos grabados como un ser primitivo, inculto, semisalvaje, bárbaro, inmoral, grotesco: como un borracho, un bufón, un ladrón. La mulata aparece siempre con los rasgos tradicionales del estereotipo: como objeto de placer. Estas estampas denigrantes, asociadas a un producto tan popular como el tabaco, reflejan la opinión del superestrato social de la época sobre el sector más sufrido de la población. Y evidencia las dificultades con que tuvo que enfrentarse el negro para destruir la imagen brutalmente estigmatizada con que la cultura oficial lo presentaba ante la conciencia del país y la opinión pública mundial.

---

<sup>61</sup> Martha de Castro, *El Arte en Cuba*, Miami, 1970; Guy Pérez Cisneros, *Características de la Evolución de la Pintura en Cuba*, Edición Facsimilar, Miami, 1988; Jorge Rigol, *Apuntes sobre la Pintura y el Grabado en Cuba: De los Orígenes a 1927*, La Habana, 1982.

<sup>62</sup> Véase a este respecto: Antonio Núñez Jiménez, *Marquillas Cigarreras Cubanas*, Madrid, 1989, con excelentes ilustraciones.

### *Memorias, informes, autobiografías, epístolas*

Al igual que en los siglos precedentes, rinde frutos consultar las memorias, representaciones e informes dirigidos a las autoridades superiores por personas e instituciones del más variado tipo, desde regidores hasta capitanes generales, desde obispados hasta comisiones ocasionales. Su número es enorme y tomadas en su conjunto aportan mucho material demográfico aprovechable. Citemos aquí, como ejemplo, sólo dos de ellas, la primera de carácter individual, la segunda de carácter colectivo. 1) La *Representación* de 28 de mayo de 1832, dirigida al Rey de España por un cubano eminente, Don Francisco de Arango y Parreño (1765-1837).<sup>63</sup> Allí, junto a sus expresiones de abolicionismo moderado y su antirrassismo radical, aparecen sus proposiciones para lograr el fomento de la población blanca y para borrar la «preocupación del color» (lo que hoy llamamos discriminación racial), así como para mejorar la suerte de los esclavos coloniales. Y, entrelazadas con ellas, muy ricas noticias sobre las realidades vitales de los negros cubanos en las plantaciones y las ciudades. 2) La *Información sobre las Reformas en Cuba y Puerto Rico* publicada en 1867 por la Junta de Información establecida en 1865 por el gobierno de Madrid para discutir los problemas políticos y sociales de Cuba y Puerto Rico. Después de proponer la emancipación gradual de los esclavos, en el *Informe* se reproducen, entre otros, tres importantes papeles: uno proponiendo la supresión de la trata (que a su juicio debía ser declarada un acto de piratería castigado por la ley) y otros dos sobre la población libre «de color», básicamente integracionistas (aunque no libres de prejuicios raciales). En estos documentos se ofrecen valiosísimos datos sobre los negros y mulatos libres, a la vez que se recomiendan

---

<sup>63</sup> Véase este documento en: Francisco de Arango y Parreño, *Obras*, La Habana, 1952, vol. 2.

medidas para integrarlos pacífica y fructíferamente al resto de la sociedad criolla.

Merecen atención también en este siglo las autobiografías y los epistolarios. En la famosa *Autobiografía* del poeta esclavo Juan Francisco Manzano aparecen, como bien ha dicho Leví Marrero, «algunas de las páginas más desgarradoras escritas en Cuba.<sup>64</sup>» Comienza con el nacimiento del autor, de padres esclavos, posiblemente en enero de 1797, y termina con su fuga hacia la cimarronería urbana, unos veinte años después. Entre esos dos momentos nos entrega Manzano toda la vasta gama de la vida servil en la Cuba de su tiempo. El valor documental de esta obra es extraordinario.<sup>65</sup> Por otro lado, la colección de cartas más rica y productiva sobre nuestro tema es, sin duda, el *Centón Epistolario de Domingo Delmonte*, publicado por la Academia de la Historia de Cuba, en siete volúmenes, entre 1923 y 1957, que contiene la correspondencia recibida por él. Esta colección se complementa con las cartas escritas por Delmonte y publicadas en la *Revista de la Biblioteca Nacional* de Cuba.<sup>66</sup> En pocos documentos como en las cartas de Miguel Aldama y Félix Tanco, que en el *Centón* se recogen, puede encontrarse un testimonio más elocuente de lo que significaba ser negro o mulato esclavo o libre en la Cuba de Miguel de Tacón y de Leopoldo O'Donnell.

---

<sup>64</sup> Leví Marrero, «Historia e integración», *Diario Las Américas*, Miami, 4 de mayo de 1989, p. 4.

<sup>65</sup> Juan Francisco Manzano, *Autobiografía, Cartas y Versos de Juan Francisco Manzano* (edición y ensayo introductorio de José Luciano Franco), La Habana, 1937; *Obras* (edición y prólogo de José Luciano Franco), La Habana, 1972; *Autobiografía de un Esclavo* (edición, introducción y notas de Ivan A. Schulman), Madrid, 1975.

<sup>66</sup> Véase: Domingo Delmonte, «Cartas inéditas», *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, 1909–1911, vol. 1, pp. 5-9, 20-46, 141-159; vol. 2, pp. 78-95, 152-166; vol. 3, pp. 56-96.

## *Publicaciones seriadas*

A medida que avanza el siglo XIX más y más ayudan a nuestra investigación las publicaciones seriadas, cuyo número crece sin cesar. Tomemos, como ejemplo de los periódicos, al *Diario de la Habana* (sucesor del ilustre *Papel Periódico de la Habana*), que apareció desde el primero de febrero de 1825 hasta el tres de febrero de 1848, en que se convirtió en la *Gaceta de la Habana* y por fin devino *Gaceta Oficial* del Gobierno. Pedro Deschamps Chapeaux ha hecho excelente uso del *Diario* para documentar la presencia histórica general del negro en ese período, y muy particularmente la de esa clase media o protoburguesía «de color» a la que varias veces hemos hecho referencia.

Las páginas de *Diario de la Habana* están repletas de anuncios de compra, venta, cambio y alquiler de negros esclavos. Se les alquila para trabajar como jornaleros en los muelles, como vendedores de frutas y refrescos, como criados, cocineros, panaderos, zapateros, costureras, sastres, etc. (con parte del jornal yendo siempre al amo). Se les cambia por tabaco, azúcar, café. Se les hipoteca y se les usa como garantía en operaciones mercantiles. El esclavo era, en fin de cuentas, una moneda viva circulante. Pero era una «moneda» con alma rebelde que resistía, que se fugaba. Y entonces se le mencionaba en anuncios que ofrecían recompensas por su captura y devolución.

Deschamps ha extraído del *Diario*, para enriquecer sus valiosos ensayos, cuantiosos datos sobre los cabildos de distintas «naciones» africanas que funcionaron en La Habana, confirmando su importancia como centros de transculturación y, a la vez, de conservación de la cultura afrocubana. Lo mismo puede decirse de los batallones de Pardos y Morenos Leales, establecidos en Cuba desde el siglo XVII, que funcionaban en La Habana, Matanzas, Trinidad, Sancti Spiritus, Santa Clara, San Juan de los Remedios, Puerto Príncipe, Bayamo, Baracoa

y Santiago de Cuba. Deschamps obtiene en la prensa clara evidencia de que esta institución fue germen de una pequeña burguesía «de color» que dio figuras de tanto relieve como el pintor habanero Vicente Escobar y Flores, nombrado en 1827 Pintor Honorario de la Real Cámara por Real Cedula de la Reina María Cristina. Muchos de estos negros y mulatos libres eran dueños de esclavos. La lectura del *Diario* permite calibrar el constante ascenso económico y cultural de este estrato de la sociedad cubana de la época.<sup>67</sup>

Las revistas constituyen otro veneno muy apreciable de datos. Las hay de carácter más o menos erudito, como las *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana*, la *Revista Bimestre Cubana*, la *Revista Cubana* o la *Revista de Cuba*, para no citar sino algunas de las más destacadas. Las hay con una orientación más popular. En su obra *Música Colonial Cubana*, Zoila Lapique estudia unas 43 de las que aparecieron Cuba en el siglo XIX dedicadas total o parcialmente a la música, comenzando con *El Filarmónico Mensual* y finalizando con la *Gaceta Musical de la Habana*, que empezó a salir en 1899. La influencia negra se refleja en esas páginas con total evidencia desde el primer momento, como lo prueban hasta los títulos de algunas de las composiciones, tales como *La fambá*, *Los ñáñigos*, *Tu madre es conga*, *Mandinga no va*, *El mulato en el cabildo*, *Sandunga*, *Los negros catedráticos*, *El palito de quimbombó*, etc. Lapique, por ejemplo, nos recuerda que en un artículo de *La Gaceta de Puerto Príncipe* (una de sus famosas «Escenas cotidianas») Gaspar Betancourt Cisneros ofrece

---

<sup>67</sup> Pedro Deschamps Chapeaux, *El Negro en la Economía Habanera del Siglo XIX*, La Habana, 1971. En este libro se estudian, además, otros representantes de la llamada «clase de color»: los músicos, los maestros, los sastres, los dentistas, las parteras o comadronas, etc.

detallada información sobre la música y los bailes de los negros de su región natal.<sup>68</sup>

En la década del ochenta del siglo XIX proliferan en la Isla las llamadas «sociedades de color». Junto a ellas se extiende también la prensa que propiciaban. Anteriormente se habían hecho algunos esfuerzos aislados en ese sentido. En 1842, el pedagogo, poeta, dramaturgo y periodista pardo Antonio Medina Céspedes funda *El Faro*, primer periódico redactado por negros y mulatos, que no pudo sobrevivir la crisis de «La Escalera» ocurrida dos años después. En 1859, el propio Medina, pionero pertinaz, dio a la estampa *El Rocío*, primera revista dirigida por individuos de su raza. Pero sólo después del Zanjón se desarrolló este movimiento, creándose una red de más de cien publicaciones de ese tipo hasta 1895: 4 en Pinar del Río, 25 en La Habana, 13 en Matanzas, 48 en Las Villas, 8 en Camagüey y 10 en Oriente.<sup>69</sup> Algunas se distinguieron por los destacados periodistas que en ellas colaboraban, como *El Pueblo* –dirigido por Martín Morúa Delgado– y *La Fraternidad*, donde escribió Juan Gualberto Gómez. En todas se reflejan los criterios y actitudes, no siempre armónicos, del sector social que representan.<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> Zoila Lapique Becali, *Música Colonial Cubana*, La Habana, 1979, p. 67.

<sup>69</sup> Thomas T. Orum, *The Politics of Color: The Racial Dimension of Cuban Politics during the Early Republican Years, 1900–1912*, (tesis de grado), 1975, p. 25.

<sup>70</sup> A Pedro Deschamps Chapeaux debemos el estudio más detenido que hasta ahora se ha realizado de esta valiosísima fuente documental, en su obra *El Negro en el Periodismo Cubano en el siglo XIX*, La Habana, 1963.

## Libros de viajes

Una de las mejores fuentes de información sobre el tema que nos ocupa es el respetable número de libros escritos sobre nuestro país por algunos de los viajeros que pasaron por él a lo largo del siglo XIX. El primero de estos visitantes es el más ilustre de todos: el naturalista alemán Alejandro Von Humboldt, una de las primeras figuras intelectuales de su época, justamente considerado además como el más grande de los viajeros científicos de todos los tiempos. Leví Marrero en un excelente ensayo, lo llama «creador máximo de la geografía moderna.<sup>71</sup>» Humboldt estuvo en Cuba dos veces. En la primera ocasión, entre el 18 de diciembre de 1800 hasta el 16 de marzo de 1801, hizo observaciones en La Habana y sus alrededores y luego, camino de Nueva Granada, bordeó la costa meridional de la Isla y sus innumerables cayos, con una corta parada en Trinidad. En la segunda, ocurrida en abril de 1804, se detuvo brevemente en La Habana, de paso hacia los Estados Unidos. Producto largamente meditado de esos viajes y de sus contactos con los cubanos más distinguidos del momento, fue su famoso *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, publicado en 1826.<sup>72</sup>

La principal contribución de Humboldt al conocimiento de la gente cubana «de color» en las primeras décadas del siglo XIX, fue su clara definición del carácter que asumía en Cuba el régimen esclavista. No oculta el carácter brutal de la vergonzosa institución. Escribe, horrorizado: «Yo oí discutir fríamen-

---

<sup>71</sup> Leví Marrero, «Humboldt, la geografía moderna y Cuba», en *Cuba: la forja de un pueblo*, San Juan, 1971, pp. 86-87.

<sup>72</sup> Evidentemente, Humboldt fue el primer escritor-viajero en llegar a Cuba, pero no el primero en publicar sus observaciones sobre nuestro país. Hubo quien se le anticipó en las prensas, como, por ejemplo, Francis R. Jameson, cuyo libro salió en 1821, según vamos a ver en seguida.

te si resultaba mejor para el propietario no agotar demasiado a sus esclavos y por consiguiente reemplazarlos menos a menudo, en lugar de sacar en unos pocos años todo provecho posible, a cambio de tener que comprarlos con más frecuencia. Tales son las razones de la codicia, cuando el hombre se sirve del hombre como un animal de trabajo.<sup>73»</sup> Al mismo tiempo, el gran geógrafo señala que una de las características esenciales (y más positivas) de la esclavitud cubana era la relativa facilidad con que el siervo podía conseguir la libertad.

En el *Ensayo* escribe: «En ninguna parte del mundo donde hay esclavos, es tan frecuente la manumisión como en la isla de Cuba, porque la legislación española, contraria enteramente a las legislaciones francesa e inglesa, favorece extraordinariamente la libertad, no poniéndole trabas ni haciéndola onerosa...<sup>74»</sup> Pasa Humboldt a detallar los distintos modos en que el esclavo podía abandonar en Cuba la condición de servidumbre, permitiendo la aparición de una amplia casta de negros y mulatos libres en el país. Y cómo esta circunstancia a su vez influía decisivamente en las condiciones de vida y las perspectivas futuras de todos los afrocubanos. Concluyendo: «La posición de los libres de color en La Habana es más feliz que en ninguna otra nación de las que se lisonjean, hace muchos siglos, de estar muy adelantadas en la carrera de la civilización.<sup>75»</sup> Aunque bien sabemos que esa «felicidad» dejaba todavía muchísimo que desear.

Menos optimista sobre nuestra población libre afrocubana resulta la obra de Francis R. Jameson, funcionario británico destacado en La Habana para vigilar la entrada ilícita de negros

---

<sup>73</sup> Humboldt, *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, Miami, 1969, p. 150.

<sup>74</sup> Humboldt, *op. cit.*, p. 124.

<sup>75</sup> Humboldt, *id.*, p. 125.

esclavos y cuya obra mencionamos arriba. Jameson escribe: «Hay muchas gentes de color que han comprado su libertad con las ganancias extras que les autoriza la ley... Aunque marcados con el estigma de la esclavitud, poseen ciertos privilegios que aquí llaman libertad, pero que tiene poca analogía con el significado europeo de la palabra; están desencadenados pero llevan el dogal en sus cuellos. Están sometidos a la mayor parte de las restricciones impuestas a los esclavos en lo que respecta a portar armas, permanecer en la calle con farol después de oscurecer... *y se les mantiene igualmente desprovistos de conocimientos, pues la libertad no abarca sus mentes, en modo alguno.*<sup>76</sup>»

Aquí se mezcla la verdad con la exageración. Porque este retrato de toda una casta social como incapaz de aprovechar la libertad, con tanto esfuerzo conquistada, para avanzar material e intelectualmente no responde a la realidad de los hechos. Así lo reconoce otro viajero, el escritor liberal español J. J. Salas y Quiroga, quien visitó a Cuba en 1839. Según él los libres de color causaban tanta inquietud en los círculos dominantes de la sociedad cubana, que muchos veían «como objeto de conveniencia la exclusión de la Isla de estos desgraciados. En mi sentimiento no puede caber el que se prive de su patria al hombre laborioso que sabe adquirir su libertad y romper sus cadenas.» Salas y Quiroga sostenía que por lo regular en los *pardos* —como entonces se llamaba a los mulatos— «bulle el genio y la inspiración. Raro, muy raro es el mulato torpe. Generalmente la agudeza suya y lo florido de la imaginación los predispone favorablemente para las bellas artes y las letras.

<sup>76</sup> Francis R. Jameson, *Letters from the Havanna during the year 1820; containing an Account of the Present State of the Island of Cuba, and Observations on the Slave Trade*, London, 1821.

Cuéntanse, entre ellos, muchísimos improvisadores, muchísimos músicos.<sup>77»</sup>

La lista de libros de viaje que se refieren a Cuba es muy extensa. Abiel Abbot, ministro protestante de Berverly, Massachusetts, en una colección de 65 cartas que escribió desde Cuba a varios compatriotas en 1828, nos ofrece una de las mejores descripciones de la vida en los ingenios en los primeros tiempos del período plantacional, antes del advenimiento de la revolución industrial. Su actitud es de censura de la esclavitud.<sup>78</sup> Por el contrario, el punto de vista de J. E. Wurdemann, médico de South Carolina, que pasó en el país los inviernos de 1840–41 y 1841–42, resulta favorable a la esclavitud. Afirma que los esclavos en Cuba vivían mejor que los obreros en la Gran Bretaña, pasando así por alto el látigo, el cepo y la superexplotación de los siervos tan evidentes en las plantaciones criollas. Insiste en la abundancia de las manumisiones y en la frecuencia con que los esclavos lograban legalmente cambiar de amos.<sup>79</sup> Tanto Abbot como Wurdemann dieron testimonio de que las puertas de los templos católicos estaban abiertas para los negros y mulatos al mismo tiempo que para los blancos, tanto en La Habana como en Matanzas, Santa Clara y demás ciudades del país.<sup>80</sup> Hay que agregar el nombre de Richard H. Dana (autor de una obra basada en su corta visita de dos meses, en febrero y marzo de 1859) a la lista de los que suministran buenos datos sobre el funcionamiento de los ingenios. Dana creía que la ley sobre las coartaciones se cumplía «con considerable eficacia», aunque no estaba seguro de que

<sup>77</sup> J. J. Salas y Quiroga, *Viajes*, Madrid, 1840.

<sup>78</sup> Abiel Abbot, *Letters Written in the Interior of Cuba*, Boston, 1829, p. 57.

<sup>79</sup> J. G. E. Wurdemann, *Notes on Cuba*, Boston, 1844, p. 265.

<sup>80</sup> Abbot, *op. cit.*, pp. 61 y 67; Wurdemann, *op. cit.*, pp. 21-22

los derechos de los esclavos se respetasen en los lugares remotos.<sup>81</sup> Demoticus Philalethes (pseudónimo de otro visitante) informa sobre los esclavos que, a veces, en el campo laboraban horas extras recibiendo por ello ingresos suplementarios. En parte estos ingresos se ahorraban para hacer posible una eventual coartación.<sup>82</sup>

Varios autores hacen énfasis muy vigoroso sobre los aspectos negativos de la vida esclava. Así, por ejemplo, David Turnbull, el famoso cónsul inglés en La Habana y decidido líder abolicionista, quien inició el movimiento que culminó en la llamada conspiración de La Escalera. Turnbull nos habla de los terribles castigos y las espantosas condiciones de trabajo a que los negros eran sometidos sobre todo en la época de la zafra, cuando no podían dormir más que cuatro o cinco horas diarias durante meses enteros. E hizo referencia al gravísimo desnivel sexual que existía en las plantaciones, repitiendo las mismas quejas que había emitido el Padre José Agustín Caballero medio siglo antes. Específicamente se refiere a un ingenio que visitó en Cienfuegos con una dotación de 700 esclavos donde no había una sola mujer.<sup>83</sup>

Otro destacado abolicionista británico, Richard Robert Madden, quien desempeñó en La Habana el cargo de Miembro del Tribunal Mixto de Justicia para asuntos de la trata, compiló una extensa lista de abusos cometidos contra los esclavos en las fábricas de azúcar. En su libro, Madden explica el proceso de aprendizaje a que tuvo de someterse para poder descubrir la

---

<sup>81</sup> Richard H. Dana, *To Cuba and Back*, 1859, pp. 253-254.

<sup>82</sup> Demoticus Philalethes, *Yankee Travels through the Island of Cuba or the Men and Government, the Laws and Customs of Cuba as seen by American Eyes*, New York, 1856, p. 28.

<sup>83</sup> David Turnbull, *Travels in the West, Cuba: With Notices on Porto Rico and the Slave Trade*, London, 1840, p. 146.

verdad sobre la institución servil en Cuba: «Un año entero residí en La Habana antes de que pudiera desembarazarme de la adormecedora influencia de la esclavitud —que tan imperceptiblemente se cuela en el alma de los extranjeros en las Indias Occidentales— y de que llegara a formar mi propio criterio independiente (confiando únicamente en mis propios sentidos) sobre la situación de los esclavos rurales en Cuba. Sólo cuando dejé de visitar las fincas como invitado de los propietarios y de averiguarlo todo a través de los ojos de mis hospitalarios huéspedes, sólo cuando dejé de prestarle crédito a las fábulas que éstos me administraban en las sobremesas sobre la felicidad de sus esclavos; sólo cuando me presenté solitario, desconocido y sin ser esperado... sólo entonces las terribles atrocidades de la esclavitud me saltaron a los ojos... Eran tan terribles esas atrocidades, tan sanguinario el sistema de esclavitud, tan enormes las depravaciones de que fui testigo (muy por encima de cuanto había visto u oído sobre los rigores de la esclavitud en otras partes), que al principio me negaba a aceptar la evidencia de mis propios sentidos.<sup>84</sup>» Excelente advertencia pues apunta hacia un hecho muchas veces olvidado: que buena parte de lo que exponen estos visitantes en sus libros debe ser tomado por la posteridad *cum grano salis*.

El asturiano Antonio de las Barras y Prado escribió unas *Memorias* sobre su estancia en Cuba. El capítulo VIII está totalmente dedicado a la «gente de color». Es particularmente interesante lo que dice sobre los libres: «Los negros libres gozan la misma libertad que todos los demás ciudadanos; pueden tener propiedades y hasta esclavos, y muchos viven de esta granjería; pero siempre el negro, sea libre o esclavo, está obligado a respetar al blanco, concediendo la ley a éste una superioridad, que tiene por objeto conservar la fuerza moral, a

<sup>84</sup> R. R. Madden, *The Island of Cuba: its Resources, Progress and Prospects*, London, 1849, p. 125.

fin de tener sometidos a los de la raza negra... La gente de color no puede mezclarse con los blancos en ninguna clase de espectáculos públicos, y hasta en los bailes está prohibida; pero tienen para ella un lugar aislado en el teatro, así como en los circos y demás parajes de distracción.<sup>85»</sup> Excelente resumen de lo que hemos venido llamando la sociedad *pigmentocrática*, aquella en que el color de la piel constituye un factor esencial en la ordenación de los grupos humanos y el funcionamiento de las instituciones. Barras y Prado toca muchos otros temas relacionados con los negros y los mulatos criollos, entre ellos el de la mulata (donde no sale de lo estereotipado) y el de los ñáñigos (donde repite los errores típicos de la época al respecto).

La escritora sueca Fredrika Bremer visitó a Cuba de febrero a mayo de 1851. En el libro que recogió sus experiencias dedicó cinco *cartas* (o capítulos) a Cuba y allí describe las ceremonias de un cabildo carabalí al que se le permitió asistir. «Las mujeres bailan aquí unas con las otras —escribe— y los hombres unos con los otros. Algunos daban golpes con los bastones en las puertas y en los bancos; otros con güiros llenos de piedrecitas, y los tambores resonaban con fuerza estremecedora. Trataban de hacer, evidentemente, el mayor ruido posible... En los bancos había una gran cantidad de negros sentados, con un aspecto muy serio y decente... Estos cabildos... se gobiernan por reinas... (y) un rey, que se ocupa de las cuestiones económicas de la sociedad, y que tiene a sus órdenes un escribano y un maestro de ceremonias...»<sup>86</sup>

---

<sup>85</sup> Antonio de las Barras y Prado, *La Habana a mediados del Siglo XIX: Memorias*, Madrid, 1925, pp. 111-112.

<sup>86</sup> Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba*, La Habana, 1980, pp. 153-156. El libro completo en inglés: *The Homes of the New World, Impressions of America*, New York, 1854.

De sus experiencias en Cuba, que visitó en 1870, extrajo Samuel Hazard los materiales para una obra que es a la vez libro de viaje (ricamente ilustrado), guía de viajeros y ligero comentario sobre la cultura y el destino del país. Las descripciones son muy detalladas. El negro no podía faltar ahí. Y ahí está, en las ciudades y los campos, en los bohíos y los barracones, en los ingenios y los cafetales, practicando toda clase de oficios y trabajos, divirtiéndose en los bailes organizados por sus cabildos, sufriendo bajo el látigo del mayoral y a consecuencia de la discriminación racial ampliamente practicada en esa sociedad pigmentocrática. Hay capítulos enteros dedicados a describir el importantísimo papel que los negros desempeñaban en la economía y en la cultura del país. El XXVII, por ejemplo, titulado «Fabricando el Azúcar» está casi totalmente dedicado a la participación del negro cubano en las labores de la industria básica de Cuba. Particularmente informativos resultan los numerosos dibujos que acompañan al texto. Aunque limitados en lo estético, son lo suficientemente profesionales para reflejar con gran claridad la realidad cubana. El autor deja discreta constancia de su simpatía por la causa de la independencia de Cuba y por una solución adecuada del grave problema de la esclavitud. La obra se cierra con una visión general de la historia cubana y un apéndice con información detallada de las líneas telegráficas, con tablas estadísticas de población, de las unidades de pesos y medidas que se usan y del comercio de la Isla, de sus métodos de comunicación y viaje sobre todo por vía marítima, así como una lista de las ciudades, pueblos y villas, con el número correspondiente de habitantes con que cuentan, clasificados según su raza. Ciertamente una obra utilísima para un viajero.<sup>87</sup>

---

<sup>87</sup> Samuel Hazard, *Cuba with Pen and Pencil*, (Edición facsimilar de la de 1871), Miami, 1989.

Un lugar muy destacado en este catálogo ocupa la obra de Walter Goodman *Un artista en Cuba*. Por varias razones. Primero, porque su autor –un pintor inglés de mediano mérito– no fue un simple turista sino que residió en el país, ganándose la vida con su arte, por más de cuatro años, entre 1864 y 1868. Además, porque el lugar de su residencia fue Santiago de Cuba y sus alrededores, región sistemáticamente desconocida por los demás viajeros. En tercer lugar porque poseía, junto a una gran curiosidad un poderoso espíritu de observación. Y, por último, porque para nuestra fortuna, era dueño de un estilo espontáneo, ligero y fácil, lo que dotaba a su obra de una encantadora amenidad. Además, con respecto a los dos grandes problemas que Cuba enfrentaba por aquel entonces, Goodman se colocó al lado de los ángeles: simpatizaba con la abolición de la esclavitud y con los ideales independentistas.

En verdad, ¿qué aspecto de la realidad santiaguera escapó a su acuciosa pupila? Todo lo vio, todo lo comentó. El negro aparece en su libro desde el mismo instante en que se acomoda en su morada santiaguera. Y ya no sale de él. Nos habla de los esclavos en sus variadas funciones de criados, trabajadores en los más variados oficios urbanos y mano de obra en los ingenios, los cafetales y demás negocios rurales. Gusta de pintarlos vendiendo dulces, repartiendo leche, transportando la maloja, llevando el agua de la fuente pública a las casas. Describe las peculiaridades de los mendigos: Madame Chaleco, Barriguita, Ñato, Carrapatán Bunga, Madame Majá. Menciona a los negros y mulatos libres: tabaqueritos, pescadores, pintores, carpinteros, músicos de gran habilidad, destacando al famoso ejecutante de cornetín y contrabajo mulato de apellido Urriola y a su joven hijo que, según dice, tocaba la flauta a la perfección.

Son numerosas sus referencias a la música y los bailes de los afrosantiagüeros. «Los esclavos forman sus tertulias en los zaguanes, en las escaleras de entrada de la vivienda, o se apropián, sentándose en el suelo, de las partes desocupadas y más

oscuras del corredor. Su cháchara no tiene fin, y de vez en cuando se les manda callar. Ocasionalmente uno de ellos entona una salvaje melodía, acompañando su canto con un primitivo instrumento hecho por sus propias manos.<sup>88</sup>» Su descripción de los carnavales santiagueros merecen especial mención. Los negros y los mulatos parecen tomar posesión de la ciudad. Y los blancos se incorporan a las comparsas, muchos de ellos pintándose de negros. La transculturación se hace evidente. Grupos de máscaras de gentes «de color» visitan a sus «padrinos» blancos en sus casas. Y los señores entonces muy cortésmente sirven a sus siervos, con una curiosísima reversión de las jerarquías sociales que parece pedir a gritos un estudio de Mikhail Bakhtin.

Goodman está convencido de la capacidad intelectual del «hombre de color». Cuando se produce en una ocasión un fuego en la ciudad, relata cómo los bomberos lo combaten y dominan. Y comenta: «Si alguna prueba se quisiera para demostrar que el negro despreciado, cuando es libre y bien pagado, no carece de habilidad y energía, estos bomberos negros y mulatos pueden dar amplio testimonio. Nunca en mi vida y en ninguna parte me he encontrado con un cuerpo de bomberos tan bien dirigidos y disciplinados como estos negros de Santiago de Cuba.» Al terminar la obra reconoce la importancia del abolicionismo mambí, durante la Guerra del 68, que abrió las puertas a la definitiva abolición de la esclavitud en la Isla.

Uno de estos libros de viajes presenta la singularidad de haber sido escrito por un cubano que había regresado a su patria tras una larga ausencia y relataba en él las peripecias de su visita.<sup>89</sup> Se trata de Hippolyte Piron, quien pertenecía a un

---

<sup>88</sup> Walter Goodman, *Un Artista en Cuba*, La Habana, 1986, p. 27.

<sup>89</sup> Hippolyte Piron, *La Isla de Cuba*, editado por Olga Portuondo Zúñiga, traducido del francés por Wilfredo Díaz y publicado por la Editorial Oriente de Santiago de Cuba en 1995.

estrato muy especial de la sociedad de Santiago Cuba: era un mulato, descendiente de una de esas familias haitianas que buscaron refugio en la capital de Oriente, huyendo de los disturbios de su país, a principios del siglo XIX. Había nacido en 1824 y había sido enviado en su infancia a estudiar en París, donde una vez graduado permaneció por muchos años. En algunas páginas de su obra palpitan con fuerza los peculiares sentimientos del regresar de un hijo pródigo. Y sus vínculos con la sociedad santiaguera le permitieron obtener una información más abundante y precisa que aquella habitualmente colectada por las «aves de paso». Cuba vive en el libro: sus costumbres, su folklore, sus creencias, sus riquezas naturales, sus inimitables bellezas, su sociedad, sus clases en conflicto, su tormentosa realidad política. En todo, nuestro viajero toma las mejores posiciones. Seguramente influído por la ideología del democratismo liberal reinante en su patria adoptiva, la Francia post-volteriana y post-rousseauniana, Piron simpatizaba con la causa de la independencia de Cuba, a la que se refiere muy positivamente en numerosas páginas, y se declaraba enemigo de la esclavitud, cuyos horrores pintaba y cuya abolición defendía. Y algunas de las secciones más interesantes de su libro son las que se refieren a los absurdos y crueles de la discriminación racial tal como se practicaba en el seno de la sociedad cubana. Un ejemplo, no más. Refiriéndose a la Alameda, bello paseo con grandes árboles situado a la orilla de la bahía santiaguera se nos dice: «Me contaron que un domingo, por la tarde, una dama de color, muy bien considerada entre los suyos, conocida por su riqueza, por su belleza, por su elegancia, montó en un carro con su familia y tuvo la ocurrencia de hacerse conducir a la Alameda. Al percibirla, las señoras blancas temblaron de indignación; sus esposos, sus padres y sus hermanos, que las acompañaban, no sabían qué imaginar para castigar una imprudencia tal, pero ellas mismas se encaragaron de hacerlo, y de inmediato, como si se hubiesen puesto de

acuerdo, fueron poco a poco saliendo del sitio profanado, y al cabo de unos instantes, la señora de color se dio cuenta que transitaban por un paseo desierto.<sup>90</sup>»

Pudiéramos seguir, pero con lo citado basta para tener una idea de la cuantiosa información que sobre la existencia de los afrocubanos puede encontrarse en las obras de estos viajeros. Merecen citarse, junto a las citadas, entre otras, las siguientes: R. B. Kimball, *Cuba and the Cubans*, New York, 1850; Antonio Gallenga, *The Pearl of the Antilles*, London, 1873; Etienne Michel Massé, *L'Ile de Cuba et L'Havane*, París, 1825; María de las Mercedes Santa Cruz (Condesa de Merlin), *Viaje a La Habana*, La Habana, 1974; Amelia M. Murray, *Letters from The United States, Cuba and Canada*, New York, 1856; Charles Augustus Murray, *Travels in North America*, 2 vols., London, 1839; James W. Steele, *Cuban Sketches*, New York, 1881; Maturin M. Ballou, *History of Cuba; or Notes of a Traveller in the Tropics*, Boston, 1854 y del mismo autor *Due South; or Cuba Past and Present*, New York, 1969; Alexander Jones, *Cuba in 1851...*; New York, 1851. Y muchas más.<sup>91</sup>

## Aportes de los primeros estudios sociales

Los estudios sobre economía, sociología e historia de Cuba publicados a lo largo del siglo XIX ofrecen información a ratos sistemática, a ratos incidental sobre la población afrocubana. Son tantos sus cultivadores, que aquí vamos a hablar sólo de los más importantes. Comencemos con José Antonio Saco quien, a más de la rica y valiosa información contenida en su

---

<sup>90</sup> Piron, *op. cit.*, p. 29.

<sup>91</sup> Consultese, además: Luciano de Acevedo, *La Habana en el Siglo XIX descrita por Viajeros Extranjeros*, La Habana, 1919.

clásica *Historia de la Esclavitud*, nos regala muy útiles observaciones tanto en sus ensayos antirratistas como en sus penetrantes estudios demográficos. Su famosa *Memoria sobre la Vagancia en la Isla de Cuba* deja claramente establecido que la «gente de color» ejercía un verdadero monopolio sobre las «artes» (es decir, sobre los *oficios*, como diríamos hoy), no sólo en la capital sino en todo el país. Saco analiza las consecuencias de esa realidad social y fija el esquema ideológico que va a regir para siempre su obra y su predica. Muchos otros datos pueden obtenerse en otros trabajos del famoso bayamés. Resulta, sin embargo, evidente que su conocimiento del negro cubano –al igual que el de la mayoría de la clase alta del país– era en lo esencial externo y superficial. Su racismo no sólo lo condujo a un criterio estrecho y falso, aunque extraordinariamente influyente, sobre la naturaleza de la nacionalidad cubana, sino también a la incomprendición del *alma* de la población cubana «de color». En su panfleto de 1845 *La Supresión del Tráfico de Esclavos Africanos* se reflejan sus intensos prejuicios y su profunda ignorancia sobre el carácter verdadero de las religiones africanas y sus hijuelas de este lado del Atlántico, para él reducidas a meras prácticas de brujería, que convertían a los negros en estúpidas víctimas permanentemente aterrorizadas por sus hechiceros.<sup>92</sup> Dado el enorme prestigio de que gozó Saco por largos años en los círculos intelectuales de la Isla, no puede extrañar que estos criterios predominaran en ella hasta bien entrado el siglo XX, como veremos al estudiar los tratados etnográficos de Fernando Ortiz sobre los cultos afrocubanos.

Al gallego Ramón de la Sagra debemos el estudio de conjunto más serio y más completo sobre la naturaleza y la sociedad cubanas del siglo XIX: su monumental *Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba*, 13 vols., Madrid–París,

<sup>92</sup> José Antonio Saco, *Colección de Papeles Científicos, Históricos, Políticos y de otros Ramos sobre la Isla de Cuba*, París, 1858, p. 184.

1838–1861. Desde luego el negro aparece allí, con todo su peso protagónico. La Sagra fue abolicionista y en la larga y profunda introducción que abre el primer volumen aporta, junto a las consideraciones críticas que lo conducen a ese criterio, las medidas que estimaba indispensables para garantizar (en la forma menos penosa posible para la economía y la paz social) la emancipación del negro.<sup>93</sup> El que pudiera ser considerado como último volumen de esa obra, publicado en París en 1861, bajo el título de *Historia Física, Económico-Política, Intelectual y Moral de la Isla de Cuba* fue escrito inmediatamente después de la postrera visita del autor a Cuba realizada entre 1859 y 1860. Por mucho de su contenido merece ser visto como libro de viajes, pero su riqueza estadística y sus análisis económicos y políticos claramente le permiten desbordar ese molde.

En ocasiones los viejos y arraigados prejuicios no le permiten comprender a La Sagra el sentido profundo de las costumbres que relata. Así sucede, por ejemplo, en esta estampa de la vida habanera de febrero de 1860: «Las fiestas de carnaval vinieron intempestivamente a perturbar mis investigaciones fuera de casa, obligándome a encerrarme en mi cuarto a hacer extractos y confeccionar estados. Entre tanto, un ruido salvaje se hacía por las calles, que al aspecto grotesco y ridículo que ofrecen las de muchas ciudades de Europa, en tales días de tolerado desorden y pagana y grotesca distracción popular, unían no sé qué de extraño y repugnante, por la mezcla de gentes de color, los aullidos africanos y el monstruoso conjunto

<sup>93</sup> Ramón de la Sagra vaciló al final de su vida sobre esta posición antiesclavista radical, como se hizo evidente en sus intervenciones dentro de la Junta de Información de 1866. (Véase Castellanos y Castellanos, *op. cit.* vol. 2, pág. 137.) De todos modos, su actitud con respecto a la esclavitud siempre fue más radical que la de Saco, quien en su larga existencia jamás se declaró partidario de abolir de inmediato esa detestable institución.

de suciedad, estupidez y licencia grosera de que parecían hacer alarde.<sup>94</sup>»

Otras veces el juicio es más sereno y ponderado, como en esta escena de Semana Santa en Villa-Clara: «Comenzó en el mes de abril en Domingo de Ramos, y con este motivo pude observar la numerosa concurrencia al templo... Con las Señoras se hallaban mezcladas las mujeres de color, que aquel día ostentaban también sus crinolinas, sus galas y atavíos. La reunión de las castas y de las condiciones en las iglesias de la Isla de Cuba, cuya antigua e inmemorial costumbre está fundada en el principio de la igualdad cristiana, dice también mucho en honor del pueblo que la conserva invariable, en medio de tantas mudanzas como en otras se han introducido...<sup>95</sup>» Desde luego, el autor omite decir que en la propia Villa-Clara la población «de color» no podía pasear en los parques reservados a los blancos, ni asistir a las mismas escuelas que ellos. Pero, pese a tales limitaciones y otras que pudieran agregarse, testimonios como los citados más arriba no deben ser despreciados por los investigadores actuales.

Para conocer las condiciones sanitarias de las plantaciones y sus índices predominantes de enfermedad y mortalidad puede acudirse a la obra del médico francés Bernardo Honorato de Chateausalins *El Vademecum de los Hacendados Cubanos o Guía Práctica para Curar la Mayor Parte de las Enfermedades*, cuya primera edición apareció en 1831. Como bien dice Manuel Moreno Fraginals, la importancia de este libro reside en que «Chateausalins, hombre de gran honestidad profesional, no pudo sustraerse del estudio del medio y continuamente,

---

<sup>94</sup> Ramón de la Sagra, *Historia Física, Económico-Política, Intelectual y Moral de la Isla de Cuba, (Nueva edición considerablemente aumentada)*, París, 1861, p. 135.

<sup>95</sup> Ramón de la Sagra, op. cit., pp. 165-166.

junto a sus observaciones médicas, deja las que pudiéramos calificar, sin hipérbole, de fabulosas consideraciones sobre las condiciones de vida de los esclavos azucareros.<sup>96</sup>» Aparte de referirse a las enfermedades y sus remedios, Chateausalins predica en favor de lo que hoy se llama medicina preventiva, fijándose en las cualidades de la habitación, los alimentos, el régimen de trabajo y disciplina laboral de los ingenios azucareros. Sus reflexiones sobre los suicidios de los esclavos, la tendencia de las esclavas al aborto, la fatiga industrial manifestada en el sueño continuo de los trabajadores, el fracaso de los empeños por lograr un crecimiento vegetativo de las dotaciones debido al alto índice de mortalidad y el bajo índice de natalidad, son realmente notables para su época.<sup>97</sup>

Chateausalins era gran amigo de los dueños de ingenios pero no por eso dejaba de expresarles su opinión de que hacían trabajar excesivamente a los negros durante la zafra, dándoles «tres o cuatro horas (diarias) de descanso, lo que no es suficiente para conservar la salud, de donde dimanan muchas enfermedades y los esclavos terminan pronto su carrera...» Y en otro lugar del *Vademecum* apunta: «La suerte de los negros esclavos tocante a su salud... es despreciada en sumo grado. Regularmente entregada al arbitrio de hombres que con las facultades de mayoral o contramayoral, no les permiten siquiera quejarse aunque tengan el cuerpo adolorido, desprecian sus lamentos, exigen de ellos en este principio de enfermedad trabajos recios y así es que en muchos casos estos infelices llegan a la enfermería sólo para exhalar el alma.» Y agrega:

<sup>96</sup> Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio: Complejo Económico Social Cubano del Azúcar*, vol. 3, p. 197.

<sup>97</sup> En los archivos y bibliotecas se encuentran numerosas *cartillas* dedicadas al tema del cuidado médico de los esclavos. La más citada es la de Joaquín Bramón, *El Instructor. Opúsculo de medicina homeopática doméstica, útil a los dueños de ingenios y cafetales*, Matanzas, 1860.

«La experiencia me ha hecho ver que estos infelices, considerados como haraganes, son de una compleción débil, cuya salud no puede soportar por mucho tiempo los trabajos recios en las fincas sin enfermar, y si se desprecian sus lamentos, mueren mucho antes del tiempo señalado para su conclusión.<sup>98</sup>»

De Jacobo de la Pezuela (1811-1882) merecen estudiarse su *Historia de la Isla de Cuba*, 4 vols., Madrid, 1868-1878 y su *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, 4 vols., Madrid, 1863-1866. La información estadística que esta última obra nos ofrece sobre la distribución de las razas por departamentos, jurisdicciones, partidos y poblaciones es de un valor inapreciable. Por ella podemos saber el número de pardos y morenos libres, así como de pardos y morenos esclavos, varones y hembras, que se encontraban no sólo en las poblaciones sino en los ingenios, cafetales, potreros y otras fincas rurales de cada rincón del país. Y averiguamos, además, cuántos individuos de la población de color practicaban en ellos cada uno de los oficios. Util también es la obra de Félix Erenchun *Anales de la Isla de Cuba: Diccionario Administrativo, Económico, Estadístico y Legislativo*, La Habana, 1855. Y, además, merecen mención aquí el *Manual de la Isla de Cuba*, de José García de Arboleya (La Habana, 1859) y la *Memoria Histórico-Política de la Isla de Cuba* de José Ahumada Centurión (La Habana, 1874).

El conocido erudito Antonio Bachiller y Morales recogió en un libro titulado *Los Negros*<sup>99</sup> varios artículos publicados de 1872 a 1874 en las revistas *El Mundo Nuevo* y *América Ilustrada*. Este estudio, muy poco sistemático, se divide en dos partes.

---

<sup>98</sup> Chateausalins, op. cit., pp. VI, 10 y 16 de la edición de 1874.

<sup>99</sup> Esta obra se editó en Barcelona sin fecha de publicación. El *Diccionario de la Literatura Cubana*, vol. 1, La Habana, 1980, p. 100, sugiere que salió probablemente en 1887.

La primera se refiere a la esclavitud negra desde sus orígenes hasta la época en que los artículos se escribieron. Es una disquisición histórica de carácter muy general. La segunda trata de unos pocos temas relacionados concretamente con la población cubana «de color», aunque se refiere más bien a los negros de la Carolina del Sur en los Estados Unidos, a los de Haití, Jamaica y otras islas del Caribe.

Bachiller habla en su obra brevemente de los cabildos y de los ñáñigos. De los primeros sólo ofrece información muy superficial, de los segundos datos muy inexactos: ignora su verdadera procedencia; les atribuye conexiones con el voodoo haitiano, haciéndolos adoradores de la serpiente; confunde la famosa celebración anual del Día de Reyes con los ritos abakuás; y convierte a todos los miembros de esta sociedad secreta en criminales de la peor especie, dedicados a matar por pura残酷, pues «era preciso herir (o matar) a personas desconocidas sin más objeto que hacerles mal...<sup>100</sup>» Los estudios contemporáneos de Lydia Cabrera, Fernando Ortiz y otros, han probado que estas opiniones en nada reflejan la realidad y son, más bien, producto de la ignorancia y el prejuicio.

De las contribuciones de Francisco Calcagno en sus novelas ya hablamos antes. Hay otra obra suya que merece atención: su ensayo *Poetas de Color: Plácido, Manzano, Rodríguez, Echemendía, Silveira, Medina*. Nosotros consultamos la quinta edición hecha en La Habana en 1887. Las biografías de estos poetas negros y mulatos de Cuba constituye un poderoso mentís a la tesis de la inferioridad intelectual y moral de ese sector de la sociedad cubana. No todos estos poetas produjeron obra de alta calidad. Pero la que hicieron, venciendo los enormes obstáculos que se interponían en su camino para adquirir siquiera una educación elemental, prueba cumplidamente su

---

<sup>100</sup> Bachiller y Morales, *op. cit.*, pp. 115-117.

voluntad de progreso y su capacidad literaria más que mediana, sobre todo en los casos de Plácido y Manzano.

## **Jerarquía de razas vs. unidad nacional**

Uno de los temas permanentes de la prolongada discusión sobre los negros en la Cuba decimonónica era el de la naturaleza última de esa raza. Como ha señalado Armando García González, los conceptos al respecto se habían polarizado. Para unos, los negros poseían «un conjunto de caracteres antropológicos y fisiológicos repulsivos e inferiores, pero sobre todo una capacidad intelectual reducida: a lo más, cierta cualidad imitativa como los monos» (lo que, de paso, justificaba que se les esclavizara). Para otros, entre los que figuraban las mejores cabezas científicas cubanas, el negro era visto como un ser retrasado, pero capaz de aprender y civilizarse al igual que los blancos y su inferioridad cultural no se debía a sus características innatas sino a las miserables condiciones sociales y políticas en que se les obligaba a vivir.<sup>101</sup>

Para apoyar el primer punto de vista, se importaban conceptos racistas de profesores extranjeros, considerados como «autoridades en la materia», como por ejemplo los del norteamericano Samuel George Morton, quien al referirse en un artículo a la capacidad intelectual de los indios de su país, considerándola inferior a la «del resto de los mongoles», agregaba que era en cambio superior a la de los negros, que ocupaban el último escaño en la escala de los seres humanos, mientras los blancos eran vistos como los más inteligentes y morales de todos. Una traducción de este trabajo fue publicada en

---

<sup>101</sup> Armando García González, «En torno a la antropología y el racismo en Cuba en el siglo XIX», en Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez, (editores), *Cuba, perla de las Antillas*, Madrid, 1994, p. 47.

La Habana, en las *Memorias* de la Sociedad Patriótica, en 1846.<sup>102</sup> La otra posición, defendida por ejemplo por Juan y Felipe Poey, Ramón Zambrana y otros, fue objeto de análisis en varias sesiones del Liceo de Guanabacoa al comienzo de la década del '60 del pasado siglo. Allí Felipe Poey, el científico cubano más destacado de la época, leyó un trabajo titulado *Unidad de la especie humana* donde postula que todas las razas humanas pertenecen a una misma especie: no son sino variedades capaces de cambio. Y agrega que no cree en la existencia de razas superiores e inferiores. Ramón Zambrana, en un discurso pronunciado en otra sesión del Liceo en 1864, explica la inferioridad del negro en las ciencias y las artes diciendo que esta situación era «accidental y temporaria» y llega a afirmar –adelantándose a Martí– que era preciso hacer desaparecer por racista la expresión «razas humanas».<sup>103</sup>»

Ahí tenemos el antecedente interno del importantísimo e histórico movimiento –más bien filosófico y político que etnográfico– que predicaba la absoluta igualdad del negro y del blanco y la necesaria unidad de ambas etnias para todo esfuerzo eficaz de reivindicación nacional. Estos criterios existían ya desde la primera mitad del siglo XIX y estuvieron representados, para citar un caso, en la obra precursora de Félix Tanco. Muy débiles en sus comienzos, fueron creciendo en potencia e importancia, sobre todo después de la Guerra de los Diez Años, hasta convertirse en elemento esencial de la predica independentista, gracias especialmente a la obra de José Martí, para quien *raza* era una mala palabra divisoria, que atentaba contra la plena dignidad y la esencial identidad del ser humano.

<sup>102</sup> B. G. Morton, «Examen de los caracteres definitivos de la raza aborigen en América», (Traducción de D. José María Calvo y O'Farrill), *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, 1846, Vol. 33, pp. 10-15, 141-148, 203-209.

<sup>103</sup> Armando García González, op. cit., p. 49.

Este igualitarismo devino parte del programa ideológico del Partido Revolucionario Cubano. En cuanto a visión de futuro, nadie lo expresó mejor que Manuel de la Cruz en este famoso párrafo: «Libre el país cubano del anárquico y bárbaro dominio español, el negro y el mulato compartirán con el blanco el gobierno y la administración del país. A nadie se le preguntará cuál es el color de su piel, si sus ascendientes nacieron en el riñón de Alemania o en el corazón de Senegambia; a todos habrá de exigírseles aptitud, condición, dotes para el cargo que cada cual pretenda desempeñar. Esta es la forma más alta de igualdad social, y es sabido que ésta está fuera del alcance del legislador, que es puramente individual y voluntaria... Los que del esclavo hecho por el gobierno de España hicimos el ciudadano sin color de la República de Cuba, los que del ciudadano hicimos soldados, oficiales, jefes, no habríamos de vacilar un punto en hacer magistrados, administradores, representantes, ministros jefes del Ejecutivo. La nueva organización no podrá hacer más. Al gusto, al carácter, a la índole de cada cual quedará luego el derecho de tomar puesto en el concierto social.<sup>104</sup>»

Y ahora, para terminar esta ojeada retrospectiva, podemos referinos a la obra ya más específicamente etnográfica de un extranjero que no fue visitante ocasional sino residente de la Isla y perseverante estudioso del afrocubano, al que trató de aplicar en sus observaciones los métodos y conceptos científicos vigentes en la antropología de su tiempo. El médico francés Henri Dumont, profesor de las universidades de Estrasburgo y de París, llegó a Cuba con una comisión del gobierno de su país relacionada con el proyecto del canal de Panamá. En 1862 se inscribió como médico en La Habana y luego trabajó en los ingenios *España, Alava, Vizcaya y Habana*, pertenecientes a Julián Zulueta. Posteriormente llegó a ser miembro de la

---

<sup>104</sup> Manuel de la Cruz, *Obras*, vol. 7, p. 32.

Academia de Ciencias de Cuba. Entre 1866 y 1870 escribió un ensayo titulado *Antropología y Patología Comparada de los Negros Esclavos*, que permaneció inédito hasta que, traducido por Israel Castellanos, fue publicado por Fernando Ortiz en varios números de la *Revista Bimestre*, a partir de mayo–junio de 1915.<sup>105</sup> Este tratado constituye el primer intento sistemático de estudiar al negro cubano en el siglo XIX de acuerdo con los principios de la entonces naciente ciencia antropológica.

Su primera tarea consistió en clasificar a los negros esclavos de Cuba por su país de origen, con el objeto de fijar con precisión su procedencia geográfica y sus raíces culturales. Procediendo de norte a sur, en la costa occidental de África, va colocando en el mapa a los mandingas, los gangás, los minas, los lucumíes, los carabalíes y los congos, con sus numerosas variedades tribales. En la costa oriental situó a los macuás y mozambiqueños. Entra de inmediato en el estudio particular de cada una de «las provincias africanas habitadas por los hombres de color observados en Cuba», tratando de establecer las diferencias entre el medio físico originario y el que los negros encontraban en su tierra de forzado exilio. Pero se fija también en los orígenes culturales, indicando, por ejemplo, la clara influencia de la civilización árabe sobre los mandingas. Y no olvida señalar cómo los virajes de la política internacional determinaban cuáles eran los pueblos africanos trasladados a América en cada momento de la complicada historia de la trata. Así explica cómo, para citar un caso, el establecimiento de una colonia británica en Sierra Leona permitió a los ingleses bloquear, después de 1830, la exportación de mandingas.

A cada una de las etnias africanas representadas en Cuba a que dedica atención, Dumont le aplica un idéntico esquema

<sup>105</sup> El trabajo de Dumont apareció más tarde en forma de libro con el mismo título en 1922, como segundo volumen de la *Colección cubana de libros y documentos inéditos o raros*, que también dirigía Ortiz.

investigativo. Basándose en sus observaciones personales en los ingenios, escoge algunos individuos que considera representativos del grupo y los somete a un sistema de mediciones antropométricas para determinar la talla, la altura de la frente, la longitud superciliar, la circunferencia del cuello, la anchura de la nariz, etc. Presta atención a la dentadura y al cabello, acompañando además un examen estetoscópico para determinar el estado del corazón y de los pulmones. Y deja constancia de las enfermedades que los sujetos han padecido y de sus cicatrices y tatuajes, cuando aparecen.

Como de paso, va expresando sus personales opiniones sobre las etnias. De los mandingas quedaban muy pocos, nos dice. Los lucumíes eran, a su juicio, los negros más numerosos e interesantes de todos los que encontró en las enfermerías de los ingenios cubanos: los que más posibilidades tenían de lograr la manumisión o la coartación y, además, los que gozaban de mejor figura y fisonomía. A los congos los encontraba fuertes, pero tímidos y extravagantes, dados a la vez al reposo excesivo y a la insubordinación. Distaban mucho de ser los mejores trabajadores, pero eran muy estimados por los demás negros. Gracias sobre todo a sus dotes musicales se convertían en la alegría de las dotaciones, que adoptaban con gran frecuencia sus bailes, sus cantos, el son de sus tambores y hasta un número considerable de sus vocablos y expresiones.

Para encontrar la clave de lo que hoy llamamos cultura afrocubana, Dumont ofrece información sobre la civilización de los pueblos africanos en Cuba representados. En su religión, por ejemplo, los considera como practicantes de un *fetichismo* elemental y crudo, saturado de canibalismo y de las prácticas mágicas más perversas. Saca la conclusión de que no sólo los africanos sino los «pueblos de color» están colocados en el rango más bajo de la humanidad. Es decir, que los negros de Cuba, libres y esclavos eran considerados como seres primitivos, incultos, bárbaros, cuyas costumbres apenas los elevaban

del nivel de las bestias. Criterio que, desde luego, era muy apreciado por los que en el país levantaban su fortuna sobre el trabajo de los esclavos, a quienes en justa reciprocidad —ése era el argumento— poco a poco se les civilizaba y cristianizaba... aunque fuera necesario hacerlo a punta de látigo.

No quiere eso decir que el libro de Dumont sea inservible. Por el contrario, es muy valioso por dos razones. Primero por la información que contiene sobre los negros de los ingenios, no sólo en los aspectos que acabamos de mencionar sino en muchos otros como por ejemplo: 1) sus *enfermedades* (tumores, llagas, parasitismo, elefantiasis, deformaciones óseas, accidentes de trabajo y otras.); 2) su índice de *natalidad* y los factores que lo afectaban; 3) su índice de *mortalidad* y las causas que lo determinaban; 4) su *criminalidad*, que incluye su notable propensión al suicidio; 5) sus *tendencias idiomáticas* (en esta obra encontramos el primer esfuerzo hecho en Cuba por recopilar palabras y frases en la lengua de los esclavos, para ser usadas en el examen médico de los enfermos).

Es además valioso el tratado precisamente por sus limitaciones y sus errores. Debido a la pobreza de sus fuentes, Dumont se equivocó con gran frecuencia, sobre todo al hablar de las culturas africanas. Debido al retraso de la ciencia antropológica y etnológica de su tiempo, sus generalizaciones sobre muchos aspectos de la cultura afrocubana son muy a menudo inexactos, incorrectos, falsos. Pero leyéndolo cobramos clara conciencia del pensar y del sentir de la intelectualidad de Cuba en la segunda mitad del siglo XIX sobre la batallona cuestión racial. Allí donde falla la ciencia predomina el prejuicio y la sinrazón. Y allí donde falla la ciencia antropológica ella misma se convierte en fuente de racismo, como sucedió en el siglo XX con las doctrinas fascistas y nazis. Dada su posición en los círculos esclavistas y pigmentocráticos en que vivía, Dumont no fue más allá de los criterios que sobre la gente «de color» en esos círculos predominaban. Su obra los espeja con toda claridad.

dad para quienes quieran conocerlos a un largo siglo de distancia.

Al terminar la dominación colonial de España en Cuba en 1898 estas opiniones sobre los negros y mulatos del país habían sido sometidas a una intensa crítica y habían cambiado en algunos aspectos básicos. El criterio predominante en los círculos de la intelectualidad cubana durante la primera mitad del siglo XIX, que concebía a nuestra nacionalidad como integrada únicamente por la población blanca, había sido derrotado tras varias décadas de intensa lucha independentista y de angustiosa búsqueda de personalidad colectiva. La tesis de Martí y Maceo, que unía al blanco y al negro en una sola entidad patriótica, sustituía, paso a paso, a la de Saco y Delmonte, que creían necesario para la salvación de Cuba expulsar al negro del país.<sup>106</sup> Al iniciarse la era republicana el negro era aceptado ya como parte inseparable de la ecuación nacional. Mas esta visión tenía un sello más bien político que social. Al negro se le respetaban, al menos en teoría, sus derechos civicos. Pero la cultura afrocubana era considerada por los sectores dominantes del momento como elemental, primitiva, salvaje, indigna de constituir un ingrediente valioso y respetable de la conciencia patria. Y esta pauta estigmatizadora iba a dominar los primeros pasos de nuestra etnografía en los comienzos de la nueva centuria, como en seguida vamos a ver.

---

<sup>106</sup> Sobre este tema puede consultarse: Castellanos y Castellanos, *op. cit.*, vol. I, pp. 243-271.